

Before

(fragmento)

Parecía retomar la conversación en el punto en que la había interrumpido en el restaurante, unos días atrás, como si entonces ya la hubiera encaminado para reanudarla cuando me tuviera delante, o al lado, como en realidad ocurría, como si estuviera en el diván de un psicoanalista, con más tiempo y más calma, en su onírico territorio. Él hablaba de arte y debía de creer que me seducía con su charla; de hecho, lo había conseguido el día en que me abordó, pero entre tanta opulencia, perdí de vista su sensibilidad artística y empecé a ver al especulador. No le importaba el arte sino poseerlo de una manera egoísta y vanidosa, restrictiva. Él hablaba de arte, pero yo percibía codicia en los húmedos labios, acaso los hidrataba con alguna crema o tan solo se le humedecían como consecuencia del exceso de salivación que le procuraba hablar de sí mismo y de su colección y de su superabundancia.

Unas voces se oyeron de fondo, habían salido de alguna parte de la casa, a lo lejos: eran unas voces femeninas, risas nada contenidas, pero tampoco estridentes. Me erguí lo justo y desvié la atención hacia el lugar de donde parecían provenir, sin que él se inmutara, como si el jolgorio no lo pillara por sorpresa. Uno de los perros, el que dormitaba, dejó de hacerlo, se volvió hacia las risas y de inmediato se levantó de dónde estaba para venir hasta mi vera. Mantuvo la atención hacia las risas cada vez más próximas, hasta que empecé a acariciarle la cabeza como había estado haciendo Sousa con el otro afgano. Dos jovencitas irrumpieron corriendo desde uno de los laterales —Sousa seguía sin inmutarse, hizo un alto en su perorata cuando el jolgorio de las niñas sobrepasó el volumen de su voz—, luego se zambulleron en la piscina que bordeaba el conjunto de la terraza, como un margen. Me extrañó verlas con los pechos al aire, al principio pensé que estaban desnudas, hasta que reparé en el ocre de los tangas cuando salieron del agua, al haberse oscurecido las prendas, no estuvieron en ella más que unos minutos, el tiempo justo para refrescarse y contemplar el ocaso desde las hamacas en las que también se tumbaron después, ya con las risas calmadas, pero con un aire juguetón entre ellas. Me preguntaba si serían sus hijas, me parecían muy jóvenes para serlo y muy mayores para ser sus nietas. Ambas rubias, una de pelo ondulado, largo, se lo escurrió nada más salir del agua; la otra de cabello más corto y rizado también lo llevó hacia atrás para escurrirlo sobre la propia espalda, no sin antes haberse apoyado la una en la otra, por un momento me parecieron Aglaya y Talia, en una versión actual de las tres gracias. Una de ellas la tenía de frente o casi de frente, le podía apreciar el rostro, la otra me daba la espalda, apenas me brindaba un perfil escaso. No miraron hacia donde estábamos nosotros, no más de

treinta metros de distancia nos separaban, tan ausentes a nuestra presencia como lo habían estado los dos afganos que nos hacían compañía.

Volví a las palabras de Sousa, no tuve que realizar mucho esfuerzo para seguir el hilo de su monólogo.

—Todos estos años, del dos mil en adelante, desde el dos mil tres, para ser exactos, han sido años muy buenos, doctor Rivas, ya lo sabe usted. Los precios se han disparado, las obras se han multiplicado, han sido muy buenos años.

Una de las niñas, la de pelo más corto y rizado, se levantó de la hamaca con incomodidad, con brusquedad. Miró a su alrededor y también debajo de la hamaca, luego se llevó la mano al codo y se rascó con frenesí, pensé que la habría picado algún insecto hasta que me percaté de la risa malévola del camarero con sombrero de copa.

—¿No está de acuerdo, doctor Rivas?

—Disculpe, me había distraído.

—Pero algo se ha torcido ¿no sé si me entiende?

—No hay negocio que se salve de la especulación —dije con cierto atrevimiento, no sabía cómo iba a reaccionar Sousa ante la calificación. Tomé un poco del Martini que aún tenía en mi vaso y esperé su respuesta. Al fondo, me parecía ver a una de las niñas acariciar dulcemente el brazo de la otra. Se había vuelto a tumbar la de pelo más corto y se dejaba mimar con complacencia, ambas boca arriba, los pechos al descubierto, recibían con agrado los rayos del atardecer, sin duda, una versión actual de las bañistas de Renoir.

—No caiga en esos tópicos, doctor Rivas. Estamos hablando de arte, de verdaderas obras que quedarán para la posteridad. Los precios suben porque el valor de las obras es cada vez mayor. Pero no es de eso de lo que yo quería hablarle. Después de tantos años, hay algo que no he conseguido todavía. Y no me refiero a poseer una obra en concreto. Creo que todo coleccionista que se precie no sólo anhela poseer las obras, sino descubrirlas. Y no crea que no he apostado por algunos jóvenes artistas, en Colombia, en Buenos Aires, en España; sí, he comprado obras que luego he conseguido colocar en algunos lotes de varias subastas. Pero no he logrado mi propósito: dar un giro definitivo y rotundo, sentar los cimientos de una nueva tendencia y me gustaría que me ayudara, doctor Rivas.

—¿Ayudarle? No sé qué podría hacer un simple profesor de universidad por usted.

—No sea modesto, amigo mío —agotó su Martini de un solo trago y se encendió un habano con tal parsimonia que parecía no tener interés en seguir la conversación. Se recreó con las volutas, lo envolvieron apenas un instante y luego se esfumaron en el rojo del atardecer en dirección a las niñas que seguían descansando y acariciándose con ternura entre ellas. Me llamó la atención que el pelo se les hubiera oscurecido y aclarado la piel. Usted podría ayudarme más de lo que cree. Ya sabe que el mundo del arte, y en especial el del verdadero arte, el arte contemporáneo, necesita de un clima especial en el que se pueda desarrollar. Y ese clima se ha roto, ¿comprende?

Yo sabía sin lugar a dudas a lo que se refería. Las últimas subastas no habían conseguido colocar ni la mitad de los lotes que esperaban venderse, la burbuja de los precios se había desinflado y muchos galeristas, coleccionistas y marchantes no habían ingresado todo lo que esperaban.

—Entiéndame, hace falta un hecho excepcional, ¡otro becerro de oro!, como el de hace un año, ¿me entiende?, aquello salvó a muchos de irse a la quiebra y dio un verdadero impulso, nuevo, fresco, ¡rompedor!

Era cierto, en la subasta de Sotheby's, un jodido becerro sumergido en formol —eso sí, con los cuernos y las pezuñas de oro—, había alcanzado la cifra récord de once millones de euros, superaba así los nueve del tiburón partido por la mitad y del armario de botica, todas obras de Hirst; para muchos una porquería conceptual, una simple moda pasajera, pero había quien apostaba por ellas.

—Perdóneme, señor Sousa, pero eso no es nada para mí. A mí me interesa el arte de verdad.

—Mi querido amigo, arte de verdad, quién dice o puede decir qué es arte de verdad.